

ELOGIO
DE
BOLIVAR
POR

Germán Leguía y Martínez

980.02092
L521e
e.2

LIBRERIA EDITORIAL CIENTÍFICA
y Casa Editorial E. ROSAY

F. y E. ROSAY

Calle de la Merced, 632 y 634

LIMA - 1928

B N
DONACION

LF/100
PE 01/1000

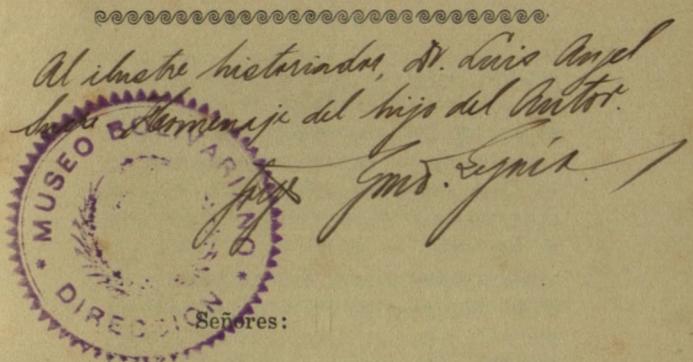
CAH2651

BIBLIOTECA NACIONAL
CARACAS - VENEZUELA

ELOGIO
DE
BOLIVAR
POR
Germán Leguía y Martínez

BIBLIOTECA NACIONAL

LIBRERÍA FRANCESA CIENTÍFICA
y Casa Editorial E. ROSAY
F. y E. ROSAY
Calle de la Merced, 632 y 634
LIMA - 1928



Aunque el gran acontecimiento que conmemoramos no tenga relación inmediata con la egregia personalidad del Libertador, llegado a nuestras playas tan sólo en 1823, imposible entre nosotros es hablar de independencia y libertad sin evocar la titánica figura del guerrero a quien tocó redondear la emancipación del Perú y reafirmar la redención total del Continente en las homéricas jornadas de Junín y de Ayacucho.

No tan sólo inexcusable olvido, sino ingratitud culpable, habría en el hecho de consagrar el pensamiento patrio a la recordación de la epopeya magna, y en tal

ocasión saltar en silencio sobre la sombra excelsa del fundador de cinco repúblicas; del insigne capitán que, caballero en su bridón de combate, paseóse en triunfo desde las bocas del Orinoco hasta el más remoto línde meridional del Imperio de los Incas.

En nombre de mis compatriotas, y en el del Gobierno del Perú, a que en estos dichosos instantes tengo la honra de pertenecer, vengo, pues, a la cabeza de esta patriótica romería, a cumplir, como cumple, el plácido deber de rendir homenaje solemne al perínclito venezolano. Y, al hacerlo, sólo siento que mis dotes se hallen muy por debajo del objeto a que osadamente se dedican, gracias a una transitoria posición oficial, impositora de un papel que otros desempeñarían mejor, con verdaderos talento, elocuencia y maestría.

A pesar de Spencer, Lazarus, Bordeau y demás sociólogos opuestos a la teoría, ya no caben, señores, duda ni discusión

acerca de la ley histórica afirmativa del poderoso influjo ejercido en los acontecimientos humanos por la intervención de los grandes hombres. "La personalidad — asienta un filósofo reciente — introduce en el encadenamiento de los hechos una nueva fuerza, extraña a su desenvolvimiento mismo".

Y, en efecto, sin los grandes hombres, perderíase la humanidad en una serie de hormigueos sin conexión; choques violentos sin unidad; marchas sin rumbo y sin objetivo; oleajes de tormenta, con estéril desgaste de energías; saltos y retrocesos arrítmicos, en que las tendencias contradictorias o divergentes de los grupos en actividad estorbarían la potencia máxima o anularían la finalidad suprema del conjunto.

Son los grandes hombres — esos a quienes se ha denominado providenciales, representativos o superhombres — quienes, extraordinarios y repentinos, fundiendo en un haz consciente las aspiraciones de la masa, recogen la invisible siniestra lanzada en el surco por apóstoles y mártires; se erigen en centros de una época y en palancas de una situación;

empuñan la antorcha directriz de los empujes étnicos o sociológicos; conquistan el puesto de vanguardia; aúnán, sintetizan y encauzan los esfuerzos aislados; pronuncian el oráculo del ideal; prenden intensamente su luz; localizan el término y el rumbo; derriban los tropiezos y las vallas; aplastan la acción y la grietería de estagnados y retrógados; cruzan con sus multitudes, si es preciso, como la tormenta o el simún; rasgan el velo de los misterios consagrados por la ignorancia y por el miedo; y abren nuevos horizontes, con proyecciones crecientes hasta el infinito.

Son ellos los que nos dan las profundas sorpresas de la historia; los que, en conquistas sangrientas a veces, pero siempre luminosas, nos orientan hacia las satisfacciones y magnificencias de lo porvenir.

Poco importa que en la senda arrasen y aniquilen; que, a su paso o a su vuelo, impriman huellas de sangre, muerte y destrucción. Cuando el huracán bate las alas prepotentes; cuando el mar se encrespa en trombas y tumbos, y silba, y se remueve de superficie a fondo, la

naturaleza no piensa en lo que pueda eliminar, ni se duele de aquello que llegue a destruir; no se pára a gemir sobre los restos de las aves que se precipitan fulminadas sobre las arenas, ni ante los peces barridos que se debaten y ahogan con las brisas de la playa: su objeto es purificar, rehacer, reconstruir. Y reconstruye, en efecto, sobre las ruinas y hecatombes del pasado, porque es ley humana que la muerte sirva de fuente y de comienzo a la aurora de otra vida.

La falta de uno de esos seres extraordinarios hizo fracasar los primeros empeños de liberación cumplidos por las masas autóctonas y criollas del continente, hambrientas de igualdad, ya que no de una libertad que no habían ensayado y que aún no comprendían; hartas de vasallaje y explotación; y, en una palabra, sedientas de justicia.

Ni en Amaru ni en Velazco, ni en Pumacahua ni en Angulo, ni en Miranda ni en Quiroga, ni en Carrera ni en Murillo, ni en los muchos otros mártires de la secesión continental, habían encarnado todavía los superhombres destinados a efectuar la mutación reivindicatoria; ésa

a que propendían, frenéticamente ya, el pensamiento y el anhelo de las superiores capas sociológicas.

Era preciso que compareciesen en la escena los redentores presuntos de la América sojuzgada: Bolívar y San Martín; los dos arcángeles cuya espada de fuego habría de operar la transformación histórica necesaria de brotar en el Nuevo Mundo.

Representan las dos fuerzas continentales convergentes, desde el norte y desde el sur, hacia el punto céntrico de incidencia y de máxima atracción, preferido, como núcleo de la resistencia colonial; fuerzas que, aunque amigas, actuando en sentido opuesto, operaron su encuentro en la línea de los equinoccios; y dieron la resultante requerida mecánicamente por su potencia intrínseca; resultante que, adoptando la dirección impresa por la energía más poderosa, precipitóse al cabo por la ruta conducente al impetu final irresistible.

Todo, en esos dos colosos, resultó congruente y adaptable a su misión y a su destino.

Voces más autorizadas y plumas más

elocuentes acaban de hacer el meritísimo elogio del Washington del Mediodía, a quien, como protagonista del suceso que honramos en este centenario, corresponden los primordiales tributos y aclamaciones de la fiesta.

Toca, ahora, al más humilde de los peruanos, hacer el elogio de Bolívar.

¡Quién le hubiera visto y escuchado, un instante siquiera, para trazar la imagen de aquél hombre-prodigio!

Sus contemporáneos le delinean, todos, con los rasgos inconfundibles del genio. Cabeza cesárea, prominente en la parte posterior, y diademada por selvática explosión de rizados cabellos; sienes cóncavas, recogidas hacia adentro, como para pensar más firme y más hondo; frente anchurosa, paralelamente surcada por esas arrugas rajantes con que marcan la piel de sus escogidos las preocupaciones del ideal, las ansias del deber, la penetración de un objetivo tan difícil cuanto anhelado, y los cuotidianos cardos de una brega resuelta en cons-

tantes e ineluctables sacrificios; pómulos saltantes sobre mejillas desmedradas por fatigas y privaciones, insomnios y martirios; negros y rasgados ojos, llameantes, en su negrura sepulcral, como, en la obscuridad de la noche, las rojas fauces del Cotopaxi o del Ubinas; perfil greco y dentadura marfírina; cutis entenebrecido por el candente beso del sol y por los aletazos de los vientos caribes; delgada, pero férrea contextura, que, aunque férrea, es ágil, flexible, infatigable; estatura menos que mediana, como la de un Thiers o un Bonaparte; pies y manos femeniles; voz aguda, pungente, si bien ronca y gutural al hervidero de la ira o al ímpetu de la inspiración.

Tal la envoltura exterior del más portentoso caudillo dado a luz por nuestra América; tal el albergue de aquel genio diamantino, diversificado en multitud de aristas y facetas deslumbradoras.

Naturaleza a la par de artista y de luchador. Pasión exuberante. Actividad abrumadora. Coraje supremo, temerario, que así escala los témpanos del Chimborazo como da un salto aquilino sobre las vorágines del Tequendama — coraje

que, en los campos de La Puerta, le impeli a arrojar su estandarte a las opuestas filas, para dispararse él mismo a rescatarlo, ante sus tropas renuentes o hesitantes; y así imponerles la victoria con el horror de una vergüenza y la rabia de salvar su bandera a toda costa; coraje que, en presencia de aquel espectáculo, hace exclamar a Rooke, el inglés denodado y sereno: *O ese hombre busca la muerte o ha perdido la razón.* Justicia insospechable, pero presta a tornarse en inflexible, hallándose de por medio la razón de Estado, y, más que todo, si la patria está en peligro; que decreta la guerra a muerte, y la cumple; que elimina a un Piar y a un Vinoni, a un Berindoaga y a un Padilla; y hunde en ergástula avérnica al preclaro Santander; y, sin embargo, gran potencia sugestora, verdadera red de seducción, que, si en sus tenientes provoca la sumisión, absoluta, ciega, en sus enemigos despierta el terror de su presencia y el ansia de huir a sus llamamientos, porque “cara a cara es irresistible”. Espíritu dominador, inclinado al exclusivismo, monopolista y ególatra, en la honda convicción de su pro-

pio valer; y, no obstante, idólatra del mérito extraño, y abierto dispensador de su alabanza; el primero en ensalzar las acciones y virtudes de sus subalternos, porque, el mejor de los mejores, no conoce las negras angustias de la envidia. Carácter autoritario — monárquico, como se ha dicho — porque se siente superior a todos, solo y único capaz de organizar debidamente su obra y de enfrenar la anarquía y el desorden; pero no monarquista, porque, aunque se le invita a ceñirse una corona, no quiere degradar su título de Libertador, “el más grande, dice, recibido por el orgullo humano”. Propensión al lujo y al brillo, el fausto y la teatralidad, porque son la exteriorización de la fama, de la gloria, su pasión suprema. Patriotismo insuperable. Abnegación sin límites, que derrocha sus bienes y los agota en servicio de la Patria; que manumite a sus esclavos, para dar la ley con la palabra y con el ejemplo; que distribuye sus haberes entre jefes y soldados en miseria, y vende hasta las medallas y coronas tributadas a sus triunfos, para auxilio de las viudas y los huérfanos de sus je-

pes, caídos en los campos de la lid, o para instauración y sostenimiento de escuelas públicas suficientes en la tierra de su cuna, en su Caracas. Tenacidad inverosímil, que, aniquilado y traicionado tantas veces; proscrito, mísero, desamparado; blanco del puñal y de la calumnia, y ultrajado por sus mismos subalternos, lo hace, nuevo Anteo, resurgir de la nada e imponerse a sus rivales y enemigos. Fe inagotable, que, en plena rota y total ruina, muévete a forjarse éxitos y glorias, con burla y asombro de quienes le rodean; y que, en los Toros, Casacoma y Pativilca — en Pativilca, donde es un esqueleto poco menos que moribundo — le halaga todavía con la evidencia del próximo definitivo triunfo. Vida pujante, movilidad frenética, que no caben en el radio mezquino de su vestidura carnal; que desfogan en arranques de locura aparente, en extravagantes delirios y sueños, en vigilia plena, como aquéllos que, a las márgenes del Guayas, sorprendió atónito en él el prócer Villamil; con horas, como las de Byron, de alucinación y de éxtasis, divino en ocasiones, y en ocasiones de angustia y des-

fallecimiento, de abnegación y hastío. Hipólogo eximio, sin más rival que Páez; primero, en toda especie de deportes; lector asiduo, erudito en toda clase de conocimientos; *causeur* inimitable, por lo multiplicado de sus recuerdos y aventuras, y lo dilatado de sus viajes y expediciones; y, con todo esto y sobre todo esto, estadista y legislador, orador máximo, razonador excelso, sublime prosador, por pocos igualado, y menos superado, en facilidad y en elocuencia.

Esta última — lo sabemos todos — resplandece, inconfundible, singular, en sus cartas, discursos y proclamas, que, con justicia, hanse calificado de modelos.

Palpita, en las primeras, un alma a la vez sencilla y magna, que recorre la gama de todos los sentimientos, desde la llaneza hasta la sublimidad, desde la ironía hasta la cólera, desde la ternura hasta el sollozo, según el estado de su ánimo y la marcha de los acontecimientos.

Sus discursos, hablados o escritos, ora

austeros y sobrios en los actos oficiales, ora caudalosos y ardientes en los momentos de entusiasmo y endiosamiento — corren todos borbotantes con chispeos de luz y ráfagas de incendio.

Sus proclamas, que no ceden ante las de Bonaparte, son únicas en América. Ellas le hacen la idolatría de sus tropas. A caballo, sombrero en mano, la espada desnuda, recorriendo las filas, tal como le representa esta estatua, es un transfigurado, un exaltador. Su dicción, en esos instantes, es vibrante, abrasadora, rápida, rotunda, grandilocuente; torrente de amenazas y de estímulos; sacudiente de nervios y de corazones; profecía de éxito y de gloria.

Alguien ha dicho que "hizo la independencia con la lengua". Su verbo le dió tantas victorias como su espada. Con él redujo al rebelde y traidor Bianchi; doblegó a sus rivales en Haití; sedujo en Santa Ana a Morillo; y, a las faldas del Misti, hizo saltar a O'Higgins de su asiento, para proclamarle, a voz en cuello, el primer hombre del continente americano.

Historiador, habría sido un Tácito; naturalista, un Darwin; filósofo, un

Spencer; poeta, un Dante. Como el rayo, tuvo calcinaciones; como el trueno, rugidos estentóreos; como el relámpago, fulguraciones épicas.

Pasó por la grandeza y la prosperidad, por el influjo y la omnipotencia, como el ave sobre las ciénagas: siempre puro. Perseguido por la calumnia, esa baba tóxica del odio, quedó límpido e intacto, como el diamante, que no puede ser rajado ni tallado más que por sus propios polvos y fragmentos; y, aunque salpicado en sangre, comparece, ante la historia y la posteridad, lavado en las linfas del ideal; porque, como el labrador que, con la reja del arado, descuaja tallos y flores para abrir el surco, sepultar la simiente y preparar la cosecha del mañana, así, cuando se irguió sobre osamentas y sangrientos charcos, fué para sembrar la simiente sacra de la soberanía, exaltar la dignidad de los pueblos y extender sobre su cerviz el manto protector de la democracia.

Su prestigio fué inmenso. Llamaronle

Méjico, Cuba, el Perú, Chile y el Plata. Demandaron su presencia Funes, Dorrego y los asambleístas cordobeses. Seis mil soldados europeos enroláronse en sus filas, satisfechos y orgullosos de obedecerle, con ser, como fueron, veteranos de Wellington y Napoleón. O'Connell consagró uno de sus hijos. Ofreciéronse a servir bajo sus banderas el mejicano Guerrero, O'Higgins y el propio vendedor de Chacabuco, El autor de Mazeppa impuso a su yacht predilecto el nombre del padre de Colombia; y Lameth le apellidó "primer ciudadano del mundo". Todos reconocieron su superioridad legítima, amándole unos hasta el delirio, y aborreciéndole otros hasta la inmolación, porque, grande entre los grandes, fué más grande que Alejandro, que César y que Napoleón, ya que, en medio tosco, inculto, exhausto, incipiente, realizó cosas más altas y valiosas que las cumplidas por los monopolizadores de la admiración humana y del incienso de la historia.

Su obra es un pasmo. Cruza, en expediciones sin cuento, el escenario histórico más dilatado de los siglos. Vive quince años de brega a muerte, y veinte de po-

tencia y carrera triunfales. Cinco Estados quedan desencadenados por su esfuerzo; y una constelación de naciones, un continente íntegro, vense por él ratificados, firmes y seguros en su libertad e independencia. Tal es su obra. El mismo resúmela cuando, al tornar a la patria, exclama ante una asamblea puesta en pie: "En cinco años de ausencia, el mundo americano ha dejado de ser español!"

Y cayó y sucumbió, como caen y sucumben, por lo general, los benefactores de los pueblos.

Enfermo; proscrito, como Scipión y como Aníbal, porque el Congreso de Valencia lo ha puesto fuera de la ley, lo ha declarado enemigo público y le ha notificado esta sentencia, en plena marcha, por uno de sus más rudos enemigos; desgarrada el alma, ya que no el pecho, por los puñales de setiembre, que han ido a asaltarlo en su propio lecho; desmembrado por la miseria; lacerado por la ingratitud; viendo a sus conciudadanos

cómo le odian, y a sus capitanes cómo se le atreven y le desconocen, le insultan y le repelen; sabedor de la trágica muerte de Sucre; convencido de que el hierro que no ha perdonado al Abel americano mal puede perdonarle a él: dominado del anhelo de "no pensar en nada ni en nadie"; sediento de hundirse en la oscuridad, anacoreta del patriotismo; dudando de si "habría arado en el mar" y edificado sobre el viento; condolido del desorden imperante y de la anarquía creciente; más que todo, de ver, según sus frases, "todo derribado en torno suyo por el infortunio o por la infamia"; pensando en que, "por triste que fuera la muerte, sería, en todo caso, más alegre que su vida", y, por eso, asaltado en ocasiones por la negra idea del suicidio; renuncia al papel de nuevo Ayax, retante de los dioses y el destino; álzase un instante erguido, para exclarmar: "Yo también debo caer"; y cae, cae y dobla la cabeza fatigada sobre el abrumado pecho; repasa, de una ojeada, sus servicios y su gloria, que desdeña como un delito; y muere — él, el millonario, el noble, el opulento — sin una camisa que

ponerse, y que le prestan el cariño y la misericordia; muere donde debía morir: — ante el mar, tumba única de su genio formidable; inmenso como su desconsuelo; agitado, como su corazón alorado y tempestuoso; profundo, como su desencanto; solitario, como ese espíritu en que han dejado de batir el vuelo las gaviotas blancas de la fe, la esperanza y la ilusión; inagotable, como el bien que ha derramado por todas partes; eterno, como su obra guerrera y política; inmutable, como su herencia y como su gloria.

No posee la América corazón suficientemente grande y tierno para amarle, admirarle y bendecirle.

Para ensalzarle cumplidamente, hay que reproducir la frase única y concisa de Choquehuanca, el indígena desconocido, surgido a la celebridad del rincón ignorado de una aldea: "Nada de lo hecho hasta hoy se parece a lo que habéis hecho. Para que alguien pudiera imitaros, sería preciso que hubiese otro mundo que libertar.... Crecerá con los siglos vuestra gloria, como crece la sombra cuando el sol declina...."

A la luz del corriente siglo, ya no es tan sólo el gran guerrero, el estadista, el político, ideador de formas orgánicas capaces de ahogar en el continente la ambición y de enfrenar la anarquía. Es ya, ante todo, el profeta, el creador, el precursor activo de cuantas concepciones y planes desenvúelvense de presente, sublimados y auspiciados por todas las potencias y los prestigios del mundo.

El fué el primero en proclamar el principio del arbitraje internacional; el primero que habló y trabajó por el panamericanismo; el primero que inició y procuró el establecimiento de un tribunal internacional; el primero que, en fin, planteó la erección de ese areópago mundial, hoy denominado Liga de las Naciones.

Consideremos el terreno, el ambiente y el instante, y sopesemos la magnitud de tales concepciones.

Mientras éstas lleguen a ser hechos tangibles e irrevocables, es lo cierto que la liberación y democratización de esta mitad del planeta ha regenerado el espíritu de la humanidad; ha equilibrado el orbe, como bien se ha dicho.

La América ha devuelto, en ejemplos de libertad y estímulos de dignidad soberana, el bien que le trajeron sus civilizadores. Por ella no se habla ya de reyes absolutos, sino de naciones que se pertenecen y gobiernan a sí mismas; ya no de familias autócratas y dinásticas de derecho divino, sino de príncipes constitucionales y magistrados responsables y amovibles; evolución política universal, surgente de las aguas frescas y puras de la revolución americana. Y esa revolución fué, en su mayor parte, acto de Bolívar. La democracia hierve, triunfa y se impone por todas partes. El mundo se democratiza. El colosal imperio militar germánico es hoy una república. Lo son muchos pueblos más, exaltados a la vida y a la luz, del duelo inmenso últimamente empeñado entre el pasado y el porvenir. Hasta la Rusia esclava y tenebrosa, sacudida por un cataclismo de renovación, saldrá pronto de la embriaguez del bolsheviquismo, para retrogradar y detenerse en el justo medio de las evoluciones supersticias. Esa América que Humboldt profetizó como hogar futuro del género humano, atrae sobre sí

las miradas de la Tierra, y vierte sobre ésta calor de esperanza, auroras de redención, una nueva vida. Dijo un esclarecido español que la emancipación americana había sido el hecho más gigantesco del siglo XIX. Hay que decir que ese hecho es el más gigantesco de la historia. Por serlo, Bolívar y su émulo de gloria, el yapeyuano insigne, son los superhombres del género humano.

El Perú pagó ya, desde 1856, su deuda de gratitud para con el extraordinario caraqueño, levantándole esta estatua, cuyos moldes han servido para vaciar otras muchas erigidas al excelso prócer.

Cinco días ha, pagamos deuda igual al Libertador de Chile, al iniciador de la libertad del Perú.

Pero no basta. El monumento mayor, único verdaderamente digno de uno y otro genios, debe, como en un santuario, levantarse en nuestros cerebros y en nuestros corazones.

He dicho.

